

## EL CASO ONETTI: DEL EXILIO Y OTRAS PRESENCIAS

MARÍA DOLORES ADSUAR FERNÁNDEZ

**RESUMEN:**

En este artículo se trata de la prisión y exilio de Juan Carlos Onetti, así como de sus primeros años en Madrid, con algunas claves extraídas de su relato “Presencia”.

**PALABRAS CLAVE:**

Censura, exilio, cuento, poesía, Luis Rosales, Cervantes

**ABSTRACT:**

This article deals with both Juan Carlos Onetti's imprisonment and exile and with his first years in Madrid. Some of the interpretative keys have been extracted from his short story “Presencia”.

**KEY WORDS:**

Censorship, exile, short story, poetry, Luis Rosales, Cervantes

En marzo de 1975 se instalaba definitivamente en Madrid el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti. Dejaba atrás su tierra natal, Montevideo –la ficticia, Santa María, lo acompañaría siempre–, y dejaba aún más atrás, más aún, una breve temporada en el infierno: una prisión y un sanatorio psiquiátrico. En esta ocasión, la broma no la había inventado Blanes, sino que había surgido de un premio y un relato: “El guardaespaldas”, del escritor Nelson Marra, premiado, en el concurso organizado por el semanario uruguayo “Marcha”, por el jurado compuesto por Juan Carlos Onetti, Jorge Ruffinelli y Mercedes Rein. Así, entre el 9 y el 11 de febrero de 1974, el director del semanario (Carlos Quijano), el autor del relato y el jurado que lo había premiado –salvo Ruffinelli, contratado en aquellos momentos por una universidad mexicana–, serían arrestados por las fuerzas militares bajo la acusación de pornógrafos, aun cuando la obra había aparecido publicada con una nota, expresamente redactada por Onetti, en la cual se señalaba que “el cuento ganador, aun cuando es inequívocamente el mejor, contiene pasajes de violencia sexual desagradables e inútiles desde el punto de vista literario”<sup>1</sup>.

Entrevistado por el semanario, días atrás, Marra había confesado que su propósito no había sido otro que el de construir un antihéroe, “presumiblemente rioplaten-

---

<sup>1</sup> Quijano, Carlos. *Los Golpes de Estado*. Montevideo, Cámara de Representantes, 1989, p. 298.

se, lamentablemente latinoamericano, sospechosamente universal”, y que en un intento por hacerlo verosímil había elevado la reconstrucción de su figura desde su infancia hasta su muerte, así como “su imposibilidad de aferrarse a una vida que ya no le pertenecía”, rescatando igualmente “lo incidental de su mundo y su lenguaje”<sup>2</sup> para acabar derivando en otro tipo de lenguaje: el fílmico.

Pero la preocupación de las autoridades no era estilística: la censura había creído identificar, en la obra de Marra, el retrato del comisario Héctor Morán Charquero, cuya vida había sido sesgada en 1970 por el MLN. Un retrato que podía ser o no ser, ya que, como bien recordaba el crítico Ángel Flores, éste no se ceñía exclusivamente a “un personaje identificable en los cuerpos policiales del Uruguay, sino que se convierte en un espejo de las interioridades, con toda su degeneración y patológico sadismo, de lo que bien se sabe son los Cuerpos de Seguridad del Estado de la flagelada geografía latinoamericana”<sup>3</sup>.

La acusación de pornografía que había recaído sobre el grupo sería recogida semanas más tarde por el escritor argentino Julio Cortázar en un diario mexicano, donde solicitaba la excarcelación de los detenidos y comentaba igualmente el “emplazamiento” del gobierno uruguayo al “New York Times” –que había tildado el encarcelamiento de “arbitrario”– para que publicase el relato de Marra y pudiera así el lector norteamericano juzgar “las razones que justifican la medida tomada por el Uruguay”. Cortázar burlaba de esta petición, señalando que nada podría escandalizar a quienes ya habían pasado “por la escuela de Henry Miller y de Norman Mailer”:

“no van a sonrojarse por la eventual *pornografía* de un relato que, por lo visto, presenta a un guardaespaldas homosexual que termina siendo ejecutado por los tupamaros; como si en Francia los lectores de Jean Genet o de Tony Duvert fueran a sobresaltarse por un tema que incluso comienza a fatigarlos por repetitivo”<sup>4</sup>.

Entretanto, Onetti había pasado, como Mercedes Rein, de la prisión (“El Cilindro”, un estadio montevideano) al hospital Etchepare... hasta mediados del mes de mayo, tres meses después de la detención, cuando la directiva del semanario quedaba puesta finalmente en libertad, en tanto que el autor del relato se veía condenado a cumplir cuatro años de prisión. Poco después, en noviembre de ese mismo año, el semanario “Marcha” era definitivamente clausurado por el gobierno

<sup>2</sup> Quijano, Carlos. *ibidem*, p. 298.

<sup>3</sup> Flores, Ángel: *Narrativa hispanoamericana*. Vol. 8. Siglo XXI, 1985, p. 167

<sup>4</sup> Cortázar, Julio: “Un pueblo llamado Onetti”, *El Día*, México, 29 de marzo 1974

uruguayo con la excusa de que miembros de su redacción habían sido “procesados por delitos de Lesa Nación”, siendo el resto militantes de “organizaciones políticas y gremiales, declaradas ilícitas por el gobierno nacional, por su proceder antinacional”<sup>5</sup>. El semanario culminaba así un viaje que habían iniciado conjuntamente Quijano y Onetti treinta y cinco años atrás.

El cierre de “Marcha” coincidirá con el número doble –y monográfico– que “Cuadernos Hispanoamericanos” dedica a Onetti en España. Dirigida por el poeta Félix Grande, cuenta con el respaldo de Luis Rosales, su antecesor en el cargo, y el número lo compondrán, juntos a textos inéditos del escritor uruguayo –entre ellos, el poema “Y el pan nuestro”, con que Onetti descubría al lector su arte poética en verso, harto conocida ya en prosa–, varios estudios críticos y un dossier poético dedicado a él. De este conjunto poético destacamos dos textos: el del mexicano José Emilio Pacheco y el del poeta español Luis Rosales.

El poema de Pacheco llevará por título “Santa María”, en referencia al mítico espacio creado por Onetti en su narrativa.

“Esta ciudad se inventa otro pasado.  
El silencio está fuera de lugar.  
Las casas son vestigios de un mundo ausente.  
La noche se desploma sobre otra época.  
El aire envenenado huele a campos antiguos.  
Y todo se vuelve aún más extraño  
porque lo reconozco.  
Porque ya en cierta forma estuve aquí  
(donde no he estado nunca).  
Porque he perdido la ciudad insondable  
Que ahora recobro misteriosamente.  
¿Y quién podrá decirme la verdad en este cauteloso fin del mundo?  
¿Estoy vivo en mi vida pero me adentro en una fantasmagoría?  
O todo, a fuerza de ser real,  
¿me está volviendo un azorado fantasma?”<sup>6</sup>

El yo poético que habla, que bien podría ser Onetti o Larsen o Malabia..., parece al mismo tiempo aquel que medio siglo atrás hablara por boca de Jorge Luis

---

<sup>5</sup> Martínez, Virginia, *Tiempos de dictadura 1973/1985. Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2005, p. 33.

<sup>6</sup> Pacheco, José Emilio: “Santa María”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 292-294, 1974, p. 42.

Borges en su “Casi Juicio Final”<sup>7</sup>, de tal forma que juntos –Pacheco, Onetti, los habitantes de Santa María...– podrían preguntarse con Borges cuál es su condena cuando es la soledad quien indulta.

El poema que Luis Rosales incluirá en el monográfico comentado llevará por título “La cara de la desgracia”<sup>8</sup>, y estará dedicado, significativamente, a Onetti y Dolly (Dorotea Muhr), su esposa –“que no me escriben nunca”, rezará la dedicatoria-. El extenso poema de Rosales consistirá en la “traslación” poética de la novela homónima del uruguayo, publicada por vez primera en Montevideo, en 1960, cuyo germen se encontraba, sin duda, en el relato “La larga historia” (1944). Y si Onetti había dedicado esta obra a su esposa, “ignorado perro de la dicha”, Rosales sumaba al uruguayo en la suya.

Que fuera éste el texto escogido por Rosales para homenajear a Onetti es interesante por las razones que ahora explicaremos. El protagonista del relato, con un tremendo sentimiento de culpa tras el suicidio de su hermano, asume la autoría de un crimen que no ha cometido: el de una joven a la que había conocido la noche anterior. Paradójicamente, cuando el monográfico sale a la luz Onetti acaba de vivir un tiempo de reclusión en pago por un delito que no ha cometido.

La adaptación poética que Rosales hará del relato de Onetti, que incluirá fragmentos literales de éste que el poeta español distinguirá tipográficamente, concluirá con los siguientes versos:

“No tengo nada que confesar  
Y la vida me brinda la salida más fácil:  
Sólo se trata de callar ante un juez que me habrá condenado de antemano  
Sólo se trata de callar  
Sabiendo que es inútil la voluntad de justificación,  
Sabiendo que no podemos justificarnos ni aún del asesinato que no hemos cometido  
Ya que la culpa es colectiva  
Y está en el corazón de cada cual como la veta en la madera”<sup>9</sup>.

Rosales, que sentirá verdadera admiración por el escritor uruguayo, aprovechará años más tarde el encuentro celebrado por el Centro Iberoamericano de Cooperación

---

<sup>7</sup> Borges, Jorge Luis: “Casi juicio final”. *Obra poética, 1923-1967*. Emecé, 1969, pp. 95-96.

<sup>8</sup> Rosales, Luis: “La cara de la desgracia”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 292-294, Madrid, ICI, 1974, p. 43-49.

<sup>9</sup> Rosales, Luis: *ibídem*, p. 49.

para subrayar la enorme deuda contraída con aquél. Será en 1978, en una mesa redonda que congregará, junto a Rosales, a autores tan diversos como Francisco Nieva, Francisco Umbral, Félix Grande y Daniel Moyano. La sala resultará entonces testigo de su confesión, donde no será tan sólo “admiración” o “agradecimiento” o “aprendizaje” lo que le mueva hacia Onetti, sino algo “más interno y personal”:

“En realidad es un conocimiento de mí mismo que no podría tener si no hubiera leído alguno de sus libros: *El astillero*, *Los adioses*, o alguno de sus cuentos: *La cara de la desgracia* o *El infierno tan temido*. Siento su semejanza como si fuera una alucinación. No habla nunca de cosas, sino de personas que sólo se conocen porque están deshaciéndose en sus gestos. En sus libros no describe paisajes, sino dolores, y se diría que sus personajes no tienen actitudes vitales, tienen desistimientos. Siempre están desistiendo de algo, hasta destituirse de sí mismos. Lo que los destituye es la piedad, la piedad por el prójimo. Esa piedad resignada, esa piedad impune y corrosiva que fundamenta todas las páginas de Onetti”<sup>10</sup>.

Ese mismo año Onetti devolverá a Rosales la ofrenda recibida, dedicándole a su vez el relato “Presencia”, cuyas páginas destilarán esa “piedad resignada”, impune y corrosiva, antes alabada por el poeta español. El nombre del relato hará referencia a la publicación clandestina que el protagonista reciba de cuando en cuando, “un fascículo impreso en una multicopista siempre pobremente entintada” de cuya difusión se encargará, “desde los lugares más ilógicos del mundo”, un grupo de sanmarianos. El protagonista, el receptor de la publicación, será Jorge Malabia –exiliado, como Onetti, en Madrid, y para quien ya no “había ni habría Santa María reconstruida ni *El Liberal*”<sup>11</sup>–. Malabia encargará a un detective privado, de apellido Tubor, que rastree la existencia de la ausente, María José Lemos. Y es curiosa la semejanza fónica del apellido de este detective con el nombre de aquel Monte en que se transfiguró Cristo: así, si la intención de Malabia es convocar la figura de María José –simbólicos nombres también–, lo hará “transfigurándola”. Interesante también el apellido escogido para la protagonista: Onetti está viviendo sus primeros años de exilio en España, con cierta penuria en ocasiones, y escoge para nombrar a la ausente el apellido Lemos, ligado a aquel conde que fuera mecenas de Cervantes –uno de sus autores favoritos y cuyo Premio se le habrá de conceder dos años después–, como Rosales lo está siendo en esos precisos momentos, de alguna manera, con Onetti.

---

<sup>10</sup> “Cinco escritores analizan la obra de Juan Carlos Onetti”. *Nueva Estafeta*, n° 1, 1978, p. 116.

<sup>11</sup> Onetti, Juan Carlos. *Cuentos completos*, Alfaguara, 2005, p. 415.

Para Malabia, Lemos trabaja en una biblioteca pública, como en otra trabajara Onetti en otro tiempo –en la Biblioteca de Artes y Letras de Montevideo–. La dirección que Malabia entrega al detective es Fernández de Oviedo, aunque se siente incapaz de precisar el número exacto de la calle. Coincidencia o no, en Fernández de Oviedo existía realmente una biblioteca: no en la calle, sino en el madrileño Instituto Fernández de Oviedo, centro vinculado al CSIC y que albergaba uno de los mayores fondos bibliográficos sobre cultura americana prehispanica y decimonónica... hasta diciembre de 1978. Porque si bien antes de esta fecha era un centro de referencia americanista, éste perdió gran cantidad de sus fondos bibliográficos a raíz de un incendio, víctima de las llamas como antes lo fue Santa María. Cabe señalar que el relato de Onetti, “Presencia”, aparecía publicado en el mes de septiembre, y que el incendio tuvo lugar tres meses después, de modo que si el autor quiso hacer un guiño a esta biblioteca no podía prever que poco después las llamas lo vincularían con su fantasmagórica ciudad.

Pero volvamos al relato de Onetti. Tubor, el detective contratado por Malabia, construirá para éste la ficción deseada: si Tubor cree que está estafando a Malabia, en realidad no hace sino proyectar sus deseos de hacer real, tangible, corpórea, a una ausente Lemos. Un sueño realizado para el que no cuenta con Blanes o Langman, porque la fantasía de una representación teatral no perdura el tiempo que el fraude de una búsqueda imposible, irreal. Y porque no sabiendo Tubor que su estafa está al descubierto, es menos frágil la transfiguración que ansía.

El dilema había sido planteado tiempo atrás por el escritor francés Louis-Ferdinand Céline en su *Voyage au bout de la nuit*: “il faut choisir, mourir ou mentir”<sup>12</sup>..., y Malabia lo hace. De la misma forma en que Larsen había hecho tiempo atrás en “El astillero” (1961), obligado a “representar una comedia y enmascarar su vida interna en un nuevo yo que borre a los anteriores y los suplante”. Como Larsen, Malabia necesitará sumergirse “en un mundo creado por la imaginación, en la esperanza absurda de restaurar un astillero en ruinas” –“astillero” que para Malabia será restaurar la presencia de Lemos. Y esa ficción que haya de crear tendrá la misma finalidad que la de Larsen: ninguno de los dos podrá vivir sin una fe que le sostenga –o fingiendo esa fe–: “sin motivos que justifiquen de alguna manera su vida, la sutil parodia que representa se desvanecería en la nada y quedaría condenado a la aniquilación definitiva”<sup>13</sup>.

Así, por mil pesetas diarias, el detective Tubor se convertirá en instrumento de esa fe necesaria, la de poder tener a la ausente fuera de la prisión donde sólo Malabia

<sup>12</sup> Céline, Louis Ferdinand. *Voyage au bout de la nuit*. Editions Denöel et Steel, 1934, p. 251.

<sup>13</sup> Verani, Hugo J. “Juan Carlos Onetti”. *Narrativa y crítica de Nuestra América*. Castalia, 1978, p. 192.

la sabe; y con los informes que Tubor le haga llegar, podrá construir un mundo paralelo, permitirse cruzar al otro lado del río, a su otra orilla, donde ella aún vive, donde, como el demiurgo de las ruinas circulares de Borges, él la está creando:

“Luego de muchos intentos logré localizar a M. J. L., la cual parece llevar una existencia normal entre su casa, su trabajo y algunas amigas, cuyos nombres se me han escapado hasta la fecha y, en mi opinión, este detalle que agregó para mejor comprensión, carece de importancia. Viajando en un autobús 12 hasta Cristo Rey...”<sup>14</sup>

Una “felicidad” que a Malabia no habrá de durarle mucho, apenas veinte días, momento en que Tubor lo cita para hacerle saber de las infidelidades de Lemos: “allí, del lado de Bécquer, hay una casa de citas. La mejor o la más cara del barrio. Allí, no se altere, la vieron entrar el lunes siete, diecisiete y quince de la tarde. Y, claro, no iba sola”<sup>15</sup>. Entonces Malabia adelantará al detective otras mil pesetas más para que durante una semana prosiga sus averiguaciones: quién la acompaña, quién conduce ese “Seat verde, cuatro mil veintidós eme”, y su mente comenzará a fraguar otra ficción: la de la traición, el adulterio, en un chalet idéntico al que en otro tiempo ella compartiera con Malabia. Nacía así una imagen de la ausente muy cercana a la fraguada por Gracia César, esposa de Risso, y se tornaba igualmente éste en otro infierno temido. Las fotografías de Gracia encontraban entonces su equivalente en las tortuosas imágenes que Malabia forjaba en su imaginario, y aquello que entre ellos había sido “limpio, sagrado, era ahora grotesco y bestial”:

“Y ellos descubrían uniones imposibles, ayuntamientos sin sentido: el hombre canoso cada vez más voraz; ella, María José, cada vez más animal y abierta, sus enormes muslos –desproporcionados para su cuerpo de muchacha– mostrando casi las entrañas, pidiendo, suplicando, haciendo soeces las palabras de amor que me había gritado tantas veces. En el pasado; ya nunca más”<sup>16</sup>.

El eco del “nevermore” que el cuervo replicara a Poe resuena entonces. Malabia tratará de encontrar a Tubor, y no tropezará más que con una oficina vacía y la pérdida de tantos miles que había costado montar la farsa. Semanas más tarde, sin embargo, Tubor reaparecerá para asegurarle que ha tratado en vano de localizarle en multitud de ocasiones, y concertará una nueva cita, “en la internacional de Barajas”, pidiéndole nuevamente una cantidad en pago a los servicios: “Hacía tiempo que no

---

<sup>14</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 418.

<sup>15</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 419.

<sup>16</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 420.

me tropezaba con un asunto tan difícil. No se olvide; si me falla todo se acabó”<sup>17</sup>, afirmará el detective, sin rubor alguno.

Cuando Malabia llegue al aeropuerto, Tubor tendrá preparada una nueva ficción para él –aunque el detective lo ignore, será la más real de cuantas le ha creado–: tras la infidelidad de Lemos, surge su ausencia. Así, Tubor confesará a Malabia:

“le parecerá imposible pero es verdad. Todo comprobado. La papeleta más difícil que me hayan dado en la vida. Se hizo humo, se hizo perdiz. No volvió a la biblioteca; en la casa no saben nada de la muchacha. Como se dice: se la tragó el aire”<sup>18</sup>.

Tras el verano, Malabia recibirá un nuevo ejemplar de “Presencia”, sellado esta vez en Suiza, donde encontrará noticia verdadera de Lemos:

“estudiante, detenida en la isla de Latorre desde el golpe militar, fue apresada por efectivos de la Guardia Nacional el 5 de abril, fecha en la cual abandonaba el penal y recuperaba la libertad. Desde entonces se encuentra desaparecida, sin que ninguna autoridad militar ni policial se responsabilice de su paradero”<sup>19</sup>.

El relato concluye así con el destino común de ambas mujeres, la real y la ficticia, desaparecidas ambas: la montevideana y la exiliada en Madrid, aquella cuya presencia ha tratado inútilmente de forjar Malabia.

Una estrategia similar había sido formulada mucho antes por el escritor argentino Julio Cortázar, ensayando en “Lejana” (1948) un encuentro de dobles de vidas muy dispares: salvo que Alina Reyes y su alter ego tienen una dimensión real, frente a la “onírica” de Lemos en Madrid. Alina se encontrará, realmente, con su otro yo en aquel espacio donde siempre la imaginó –a diferencia de Malabia, es ella misma quien “orquesta” la idea de su propio doble–: en un puente de Budapest, intercambiando, inconscientemente, sus destinos al fundirse en el abrazo, en el falso ágape en que Alina confiaba. Así,

“Le pareció que dulcemente una de las dos lloraba. Debía ser ella porque sintió mojadas las mejillas, y el pómulo mismo doliéndole como si tuviera allí un golpe. También el cuello, y de pronto los hombros, agobiados por fatigas incontables. Al abrir los ojos (tal vez gritaba ya) vio que se

---

<sup>17</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 420.

<sup>18</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 421.

<sup>19</sup> Onetti, Juan Carlos. *Ibidem*, p. 421.



había separado. Ahora sí gritó. De frío, porque la nieve le estaba entrando por los zapatos rotos, porque yéndose camino de la plaza iba Alina Reyes lindísima en su sastrería gris, el pelo un poco suelto contra el viento, sin dar vuelta la cara y yéndose”<sup>20</sup>.

El encuentro cortazariano tendría lugar en Budapest la noche del 6 de abril. Un día antes, el 5 de abril, “Presencia” afirmaba que la Guardia Nacional había arrestado a Lemos en la isla de Latorre, haciéndola desaparecer, tristemente, para siempre. En su última novela, “Cuando ya no importe” (1993), un año antes de su muerte, Onetti recuperará la historia de la isla que nos había presentado, por vez primera, en “El astillero” (1961). Así, se hará eco de quienes afirman que la isla “era o fue refugio o cuartel general de contrabandistas tal vez fantasmas o simplemente fantasmas. Dicen que los que se acercaron a su luz engañosa no volvieron”<sup>21</sup>.

Recordemos ahora que Juan Carlos Onetti había escapado de la dictadura uruguayana, del encierro de una prisión, como Cervantes; otra parte de él, sin embargo, continuaba presa, probablemente en ese espacio intermedio entre Santa María y la isla de Latorre, en esa falsa laguna Estigia en la que tantos otros, como Lemos, desaparecían. Fantasmas o no.

## Bibliografía

- “Cinco escritores analizan la obra de Juan Carlos Onetti”. *Nueva Estafeta*, n° 1, 1978, p. 116.
- BORGES, Jorge Luis: “Casi juicio final”. *Obra poética, 1923-1967*. Emecé, 1969.
- CELINE, Louis Ferdinand. *Voyage au bout de la nuit*. Editions Denöel et Steel, 1934.
- CORTÁZAR, Julio. *Cuentos completos*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Alfaguara, 1994.
- CORTÁZAR, Julio: “Un pueblo llamado Onetti”, *El Día*, México, 29 de marzo 1974.
- FLORES, Ángel: *Narrativa hispanoamericana*. Vol. 8. Siglo XXI, 1985.
- MARTÍNEZ, Virginia, *Tiempos de dictadura 1973/1985. Hechos, voces, documentos. La represión y la resistencia día a día*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2005.

---

<sup>20</sup> Cortázar, Julio. *Cuentos completos*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Alfaguara, 1994, p. 125.

<sup>21</sup> Onetti, Juan Carlos. *Cuando ya no importe*. Alfaguara, 1993, p. 188.

- ONETTI, Juan Carlos. *Cuando ya no importe*. Alfaguara, 1993.
- ONETTI, Juan Carlos. *Cuentos completos*, Alfaguara, 2005.
- PACHECO, José Emilio: “Santa María”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 292-294, 1974, p. 42.
- QUIJANO, Carlos. *Los Golpes de Estado*. Montevideo, Cámara de Representantes, 1989.
- ROSALES, Luis: “La cara de la desgracia”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 292-294, Madrid, ICI, 1974, p. 43-49.
- VERANI, Hugo J. “Juan Carlos Onetti”. *Narrativa y crítica de Nuestra América*. Castalia, 1978.